

CALIDOSCOPIO DEL PASEO DE JULIO

Ilustración: Joaquín Gómez Bas

Por ARTURO LAGORIO

"Hay cuentistas y escritores. Se cuenta lo que se quiere, pero no se escribe lo que se quiere: nadie escribe sino sobre sí mismo."

DIARIO ÍNTIMO de Jules Renard.

Detengo, puerilmente, la computadora de recuerdos. A fines de siglo me veo, con pocos añitos expectantes, conducido por la mano de mi padre temeroso de que resbalara por la barranquita que nace en la calle 25 de Mayo y termina en la avenida Leandro Alem, entonces Paseo de Julio.

Ya penetro en aquel túnel de asombros de la Recova, con juntura de luces de las bocacalles, nacida al margen de esa especie de pastel de frutilla que es la Casa de Gobierno y cuyas filas de pórticos se perdían en la Barranca de Retiro. Sus arcos se erguían con gracia simétrica, airosos en su blancura de jalbegue, arrebatos de luces entre sombras cuajadas. Enfrente, juncales invasores y sauces vencidos.

Anduve entre muestrarios de hechicerías. Seguro de la protección paterna contra pisotones, codazos a contramano y algún tropiezo con los tenderetes que sobresalían de las paredes y que aumentaban las dificultades del ir y venir de abejas de varios colmenares, con muchos zánganos y una sola reina: Ambición.

Los ojos podían rapiñar incesantes metamorfosis en los polioramas de aquel mundo-mundillo con atracciones miliunanochescas. Edredones prodigiosos con muelles de fantasía protectores de audaces vuelos en trapezios de estupor.

Para completar la ilusión muchos "Turquitos" obstaculizaban el paseo con sus cajas de baratijas ofrecidas con típico parloteo: "berfumes... jabúnes... beines y beinetas ¡tudo a vente!".

La recova fue un caño distribuidor del aluvión que se allegaba a "la ciudad del puerto-soñado". Sus lin-

fas humanas fecundarían campos y caminos. Aquellas inmigraciones sucesivas tuvieron su sala de recepción, su ágora mercantil, su lonja de chalaneos sin fin. Y era mercado de mujeres con señuelos venusinos.

Sentíase un rumorear de voces, que no se apagaría ni de día ni de noche durante décadas. Cada uno acentuaba sus anhelos o sus frustraciones. Incesante clamor acrecentado con romanzas de fonógrafos y ritmos obsesionantes de organitos alemanes que jalaban vales, polcas, mazurcas, lanceros. (Años después pude aligerar, más de una vez, mi pesadumbre con los floreos arrebatadores de flautas tangueras, escurriéndose de los cafetines).

Se me antojó que entre sus portales —¿carne de mampostería y piel sensibilizada?— algún fez con las boinas, gorras marineras y chambergos repetían juegos infantiles: "a las escondidas", "a vigilantes y ladrones"...

Allá no había espacio para la "rayuela", que solíamos armar en las veredas con los tejos de plomo de las cajas de té de Ceilán y dibujando las rayas con los carbones gastados, que los obreros de la compañía de electricidad tiraban al suelo, desde sus escaleras, sesgadas, al substituirlos de los arcos voltaicos.

Al mirar por los huecos de los porches de seguida se me ofreció el panorama de unos terrenos baldíos, pero si la comparamos con las actuales, hay que reconocer que sus panoramas erógenos eran pueriles.

de relleno, desecados, lisos y de color de tierra estéril, lindantes con los muelles. No se si en algunas de



esas manzanas ya se habían colocado los cimientos del actual Correo Central.

El día de mi iniciación en el culto de la Recova, iba feliz entre su cauce tumultuoso. No le di importancia a una que otra salpicadura de los escupitajos de los italianos que *chicaban* las colillas de los toscanos y de los sajones que mascaban su tabaco rubio.

Me sentía cómodo en ese feérico tapiz rodante y me prometía ver más cosas al regresar del Muelle de Pescadores. Pero cuando mi padre "reboleó la línea", y yo inopinadamente me erguí sobre el murallón, el raro pez que pescó fue mi cráneo, y para quitarme el anzuelo tuvimos que ir a la Asistencia Pública.

Más grandecito ya, pasaba por las recovas hacia los rellenos, macanudos como campos de fútbol. Allí jugábamos con nuestro equipo, formado con los compañeros de escuela y del que me autonoqué presidente intitulándolo, en homenaje a un héroe de la guerra ruso-japonesa: General Kuroki F. C.

Al Paseo de Julio también le debo la primera lección eficaz de heroísmo civil al llevarme papá, con no disimulada reverencia, ante el monumento del gran patricio Giuseppe Mazzini.

Poco a poco fui penetrando en las puertas falsas que celan precipicios de espejos con azogues de espejuznantes erotismos.

En el calidoscopio fui moviendo espejuelos para cualquier fantasmagoría. Caja sensorial con capciosos perfumes baratos. Sin embargo quién nos diera volver a sentir, con narices jóvenes, aquellos vahos de Agua Florida o de Patchouli. No importa si entremezclados con olores de calzados burdos y ropas de confección de los baratillos. A los cambalaches había que ir a buscarlos en la contigua calle 25 de Mayo, también reino del "varieté" con los teatros Cosmopolita y Roma.

Efluvios de las cocinas de fondas y restoranes dábanle a ese tubo de pasiones un extraño clima, entre inocente y perverso.

En las puertas entreabiertas de los zaguanes se podía atisbar una madre amamantando a su criatura, una pareja trenzada o una cabeza femenina, recubierta de estucos coloreados, con un ojo guiñando y el otro lánguido, pero con las patas de araña de sus pestañas endurecidas al rimmel.

Las oleadas de inmigrantes se remansaron en esa

playa internacional. Muchos pensaban que ahí encontrarían su puerto para otros viajes transhumantes. Con la certidumbre de que sus fábulas eran descifradas. De tal gimnasia filológica todos participábamos un poco. Captábamos las diferencias de origen de los de la "alta Italia": "xeneixi", "lombardüch", "veneziani" y "piamunteis"... A los de la "baja Italia" los llamábamos "grébanos" o "cafuni". Sabíamos distinguir un catalán de un andaluz, un gallego de un vasco. Y a éstos no sólo por el característico chiripá, camiseta y pañuelo blanco, boina negra y zapatillas de esparto que los singularizaban como changadores de los almacenes al por mayor. Pocos se engañaban si en el café-concierto, el que armaba la bronca, era un sueco o un inglés. A los pocos judíos que andaban por ahí fue más difícil establecer sus países de origen, se los conglomeraba llamándolos rusos.

Los bares lucían nombres extranjeros: Nelson, Trafalgar, Oslo, Bremen, etc. Algunos ostentaban el subtítulo "Marina Keller" en recuerdo de las *kellerines*, esas chicas que les servían en las cervecerías tudesacas.

A veces en los palcos de música de los bares nuestros músicos eran substituidos por los de algunas bandas de a bordo. Pero se mantenía la atracción de las típicas "figurantas", o sea, esas "señoritas" que en un antiguo cuento denominé *Violines mudos*, porque sus arcos, aunque movidos graciosamente, jamás se atrevían a rozar los encordados.

Aquellos "pasatiempos" fueron el receptáculo de curiosos, clientela siempre abigarrada. En ellos se podía ver a la mujer peluda: todo su cuerpo era un mar de pelos en el que solamente sobrenadaban un par de ojos de bestezuela. También se exhibía "la más gorda del mundo", con sus carnes desbordándose como queso fresco. No faltaron "la mujer serpiente" ni "la mujer araña". Y se ofrecía el contraste del "gigante más grande del mundo" con el enanito más contrahecho. Todo ello entre juegos de luces de colores intermitentes y timbres pertinaces.

También había unos aparatos, llamados "mutoscope", que ofrecían con sus dos lentes un mundo de escenas llamadas con más intención que realidad, psicalípticas. La revista *Mimí* usaba ese subtítulo,

Además de esas "atracciones" la Recova del Paseo de Julio cumplió, durante décadas, una función utili-



sima. Fue una grandiosa agencia de colocaciones. En sucesivas pizarras se leía: "Peones Cosecha" y más abajo, "3 (o más) pesos diarios, con comida". En otra podía leerse: "Peones Vías Obras Varias provincias". "Un año garantido, 2 (o más) pesos por día, buena carpa y comida". Otros solicitaban obreros y sirvientas.

Como adorno exterior de los pórticos unas acacias se tomaban el lujo de cambiar sus trajes de estación; ya para cubrirse de hojas trémulas por las caricias del río, ya para desnudarse ante las miradas descomedidas de la luna. Pero en las tardes de canícula sus generosas hojas amparaban las filas de volantas aireando sus capotas negras, con hongos de neblinas, y salvando a los pobres matungos de los resoles. En tanto los carreros se demoraban ante los estaños, las brisas del río tejían encajes de sudores sobre el cuero de los percherones.

En toda época se alinearon los carritos de parrilladas, al lado de alguna toma de agua corriente; los fuegos lentos de los braseros doraban las achuras con vaharadas de humo; que también despedían las chimeneas de las diminutas locomotoras de los maniseros. Discóbolos, con discos de metal, los vendedores de fainá, también caliente. Sobre los cilindros repletos de barquillos crocantes, la ruleta tramposa. Y la "cotorrita de la suerte", de librea verde malaquita, cómplice inocente del organillero explotador de la buena fe.

En esa batahola de incertidumbre eran muchos los candidatos en busca del afortunado azar. Los vendedores de loterías hicieron su agosto. Infaltables los fotógrafos con sus lenguas portentosas. Centinela paciente el changador, de cada esquina, que como enseña de sus funciones llevaba algún metro de sogá a la bandolera.

En algunas albas remolonas, porque todavía no estaba el carrillón de la Torre de los Ingleses, por el Paseo de Julio (no se si empedrado o con adoquines de madera como en otras calles del Centro) sentíase el estruendo de las barrederas mecánicas que el pueblo, humorista de ley, llamó "artillería Bollini" por el nombre del intendente municipal que propició su uso.

Durante mis tres edades fue sendero preferido por su calor de pueblo en formación. Elegía la Recova como camino hacia mi oficina de Bartolomé Mitre, en el barrio de los bancos.

Muchas veces al salir del "almacén literario" en vez de tomar por Esmeralda para ir a Retiro dábamos una vuelta por la Recova. Nos atraía su vitalismo, después de horas de discusiones artísticas. No faltaban el poeta Amador y el crítico Carucho Gutiérrez; el pintor Thibón de Libián, que allí recogió motivos para sus xilografías que ilustraron mis poemas en prosa del libro **Las tres respuestas**, donde intenté cantar al Paseo de Julio; Rodolfo Franco, que se despedaba de su sentir aristocrático, con Edmundo Montagne que dirigían "Riel y Fomento", seguramente la más bella revista nacionalista. Alfredo Gramajo Gutiérrez que se hallaba bien a gusto entre la algarabía ambiental, porque le rememoraba sus fiestas cata-marqueñas. Y cuántos más hombres de arte nos acompañaban. Todos en busca de un rincón de algún amplio salón donde podíamos charlar, sin los estruendos del exterior, mientras plácidamente engullíamos los fiaschi de vino importado.

Por la vereda oeste del Paseo de Julio hemos visto desfilar las tropas que rendirían homenaje a dos presidente, el chileno Montt y el brasileño Campos Salles. En reluciente landó muy efusiva la Infanta Isabel, princesa tan regordeta como simpaticona, que el pue-

blo cariñosamente apodaba la "Chata" por su nariz, no precisamente aguileña como las de casi todos sus parientes borbónicos.

Grandes manifestaciones políticas se vieron. Y también vi marchar a los bomberos en traje de gala encabezando sus filas el coronel Calaza. Lo admiraba porbezoando mi padre me había contado que tenía el cuerpo con más cicatrices que medallas en el pecho. Al verle tan marcial me sorprendí y dijo mi padre: No te olvides que es gallego... son muy duros...

Cuando viví una temporada, precisamente hace 50 años, en la calle Viamonte entre el Paseo de Julio y avenida Huergo, tuve la emoción de ver un insólito panorama nevado. Buen contraste con las densas sombras nocturnas que envolvían los galpones de Las Catalinas, donde funcionaban de despertadores, a deshora, las pitadas compadritas de las pequeñas locomotoras. La nieve dio pedales de silencio interrumpiendo el roncar terco de esa arteria insomne. Los tranvías, antes con las cornetas de sus mayores y después con el talán-talán de las campanadas, ponían su grano de arena, al runrunear colectivo. Y por si no bastara la competencia de los ruidos más o menos musicales de los boliches con los canglores del Luna Park.

Los pórticos, cinta blanca con reborde celestial en el plano ocre de la ciudad, ya no rebotan clarinadas, apenas si gimen vientos de pasado. En parte se substituyó su mampostería por arcos de granito, más resistentes pero sombríos. Ya se quebró su fiel línea alba en la que cualquiera pudo ahorcar sus ilusiones, todavía no mecanizadas.

Mario Darío Grandi "TRIO" Colección Kromos

